

to definitivo, un sello de juventud, de luminosa claridad. En su poema «Historia de una hoja» podemos comprobar la verdad de este aserto.

Nació cuando la noche colgaba sus crespones
Bautizóla en el alba un sacerdote laico.
(Tenía las sotanas celestes y los ojos
limpios como la nieve de sus zapatos blancos).

Y allí quedó sumida dentro de su silencio.
Una abeja extraviada fué su hada madrina.
Le regaló su pólen de lirios y de juncos
y se alejó danzando, libre y estremecida.

Gonzalo Drago es un poeta que va por un camino seguro hacia un porvenir que seguramente lo esperan agradables sorpresas. O mejor dicho, aquellos éxitos a que su claro talento lo hace acreedor. Y aunque no queremos hacer profecías, tenemos fe en que nuestros vaticinios no habrán de ser defraudados.

RETORNO DE U. S. A.

Otro escritor ha viajado a Estados Unidos, y poco tiempo después de su regreso, tenemos un nuevo libro de impresiones acerca de la vida en el país del Tío Sam. Pero las impresiones de Benjamín Subercaseaux, no son muy satisfactorias que digamos. No es excursión placentera y agradable, sino un viaje lleno de inconvenientes y de molestias, que no suaviza ni la distancia ni el tiempo que ha pasado. El autor declara que durante este viaje estuvo enfermo y, no sabemos, si en parte se debe a esta circunstancia la mala impresión que le deja una serie de aspectos del Gran Vecino, como tan certeramente llama Manuel Seoane al gran país del Norte, o es que la sensibilidad de Subercaseaux no pudo acomodarse a la disciplina y al ma-

quinismo que allí impera y a esa montañas de papeles que es necesario tramitar para pasar por las aduanas y las estaciones del trayecto, no obstante su calidad de invitado del Gran Vecino.

Leyendo las páginas apresuradas que ha escrito Suberca-seaux, nos formamos una rara idea de Estados Unidos. La de un país en el cual todo está ajustado a un método, a un reglamento, en el que la suprema razón es la de economizar tiempo. Se vive allí, según este libro, para hacer lo que cada uno está obligado, pero sin tomar para nada en cuenta el aspecto agradable de la vida humana. Y en esto creemos que hay una apreciación demasiado ligera. No es posible formarse un concepto cabal, de los métodos de convivencia de un pueblo que pasa por una época completamente anormal de su existencia, ni tampoco un juicio seguro, sobre una sociedad que apenas se conoce de pasada, sin penetrar en la vida íntima del hogar, ni en el carácter de sus habitantes.

Todo lo que manifiesta el autor tan espontáneamente, tiene sin duda un valor que puede ser relativo, pero en cambio es la expresión sincera—así lo creemos—de un hombre que sin tapujos ni eufemismos de ninguna especie dice lo que vió y lo que le parecieron las cosas sobre las cuales detuvo su pupila de observador. Es, además, la opinión de un escritor de calidad que ha demostrado en libros acerca de su país y en penetrantes ensayos, juicios muy certeros y bien fundamentados que lo sitúan entre los más altos valores intelectuales de nuestro país.

Pero casi no vale la pena escribir un libro, en el cual no se puede expresar juicios definitivos acerca de las cualidades de una raza, o las características más salientes de su psicología. Creemos que en esto ocurre algo parecido a lo que le pasa a quienes hacen crítica literaria o de arte en general. Siempre le están pidiendo al autor lo que su temperamento no puede dar, o lo que sus gustos lo privan de comprender. Acerca de esta

materia conviene no olvidar aquello que decía Maupasantt, en el próloga famoso que escribió para su novela Pedro y Juan. El crítico debe preocuparse de averiguar si el autor hizo bien aquello sobre lo cual fijó su interés, de acuerdo con su temperamento y no pedirle lo que no puede o no le gusta hacer.

Es lo que habría que decirle en este caso a Subercaseaux; es necesario que él se detenga a pensar si los métodos de vida, y la disciplina que se ha dado el pueblo norteamericano es la que le conviene a su raza, a sus gustos y afinidades sociales. Porque ellos están viviendo su existencia de acuerdo con las modalidades vitales que su propia psicología y su sensibilidad les impone. No es posible pedirle peras al olmo ni sandías a un frutillar. Hubiera sido interesante que el autor hubiera fijado sus puntos de vista con mayor claridad, haciendo comparaciones entre la mentalidad latina y la sajona y la manera cómo cada una de estas razas entienden y resuelven el problema de la vida.

Pero el libro de Subercaseaux aparte de estas consideraciones es de una amenidad extraordinaria. Está escrito con esa liviana gracia y fluidez que son las características más sobresaliente de su prosa.

DOS ENSAYOS DE ARTE.

Antonio R. Romera, es un nombre ya ampliamente conocido en el ambiente intelectual de nuestro país. Circunstancias políticas lo trajeron a estas tierras en donde vive llevando por todas partes su cordial sonrisa de buen compañero, de hombre inquieto y curioso por todo cuanto tiene relación con el arte y su desarrollo. Su lápiz ágil, certero, sabe captar en trazos nerviosos y felices, el pícaro rasgo que individualiza a un hombre y aquella pizca de grotesco que todos los humanos llevamos en un gesto, en una actitud o en un detalle de nuestras facciones. El artista al trazar la imagen de una persona, poniendo en el